

LAS PAPAYAS, EL INVIERNO Y OTRAS COSAS.

*Santiago Gamero**

Siempre me ocurre igual. No soy capaz de cultivar adecuadamente las plantas de papayas para que consoliden. Da igual la estación en la que siembre las semillas porque, llegado el invierno, sea cual fuere el desarrollo de las plantas, los fríos intensos hacen que se ajen y terminen feneciendo de irremediable forma.

Y también este año ha acaecido: poseía cuatro plantas de las dichas papayas en el jardín que ya casi alcanzaban el metro de altura, pero el invierno, en principio benigno y por tanto inductor a que permanecieran con aspecto saludable, se tornó en estos días inundados de frío hasta acabar helando a mis deseadas plantas que se fueron encorvando hasta besar el suelo con sus frondosas copas. Poseían la apariencia del ser que, persistente, súplica sin palabras que le dejen vivir. Sin embargo hay razones que de forma rotunda no atienden sentimientos, tal y como les ocurre a mis papayas que, acomodadas desde siempre a un clima tropical, pretender que en Sevilla puedan desarrollarse resulta tarea estéril.

Hablando de papayas y de los fríos tiempos en que estamos inmersos, no puedo sustraerme a evocar inviernos de mi infancia en Albuquerque. Recuerdo que vivía con un abrigo gris puesto igual que si formara parte de mi persona. El frío era intenso y el viento, aullando, se colaba en las casas por entre las junturas de puertas y ventanas.

Entonces todo el mundo se mostraba aterido acusando crudezas de heladas deplorables. Envueltos en varias capas de ropa gruesa queriendo ser abrigo invulnerable, —sin modas ni otras jergas como se hace ahora—, los chicos y las chicas, y acaso los mayores, más bien se asemejaban a una congregación de mendigos perdidos en plena estepa rusa. Y si alguna vez sentías que alguien te llamaba golpeando a la puerta, porque los timbres no habían llegado todavía, era acontecimiento que te sobresaltaba. El pueblo parecía un inmenso refugio de gentes en sus casas y así aparecían las calles solitarias por las que a duras penas tropezabas con alguien que, para más dilema, al

* SANTIAGO-ANTONIO GAMERO DE PLATA es escritor y cultiva la poesía. Varios premios literarios. Colabora en prensa y revistas españolas. Miembro de la Asociación de Escritores Extremeños. Reside en Sevilla. España. santiago.gamero1@gmail.com

andar encorvados tratando de esquivar los zarpazos del viento, ni siquiera un saludo podía intercambiarse, o si acaso gritabas una lamentación contra el dichoso frío que era correspondida de errática manera para comunicarte.

Los domingos y fiestas no tenían parangón con fiestas o domingos de fuera del invierno. Solamente la lluvia en brazos de aquel frío podía pavonearse de las calles y plazas. Todo era aburrido o tal vez conformismo de probada tibieza sentado en el brasero repasando aventuras de capitanes trueños, dibujando o escribiendo lo que se me ocurría ya fuera prosa o verso.

Algún fin de semana era más llevadero si disponían mis padres trasladarnos al campo, a una finca cercana heredada de abuelos que, por aquellos tiempos, laboreaban personas en calidad de medieros. Me lo pasaba bien en torno a la candela de la choza de horma asando pestorejo, bellotas y membrillos. Incluso, si era día de suerte y acudía algún lindero, casi siempre portaba algún que otro presente que consistía en ranas de ancas exquisitas, chorizo de matanza recién hecha o unos cuantos zorzales cazados con las trampas que ponían en los surcos que iban dejando abiertos con las yuntas de mulos al preparar la tierra para la nueva siembra.

Hice buena amistad con los hijos de Paco, al que yo le llamaba “Matarratas” desde que, tiempo atrás, viera como mataba a una rata inmensa. Tuve la ocurrencia de apodarle así, no con el sentido de burla que pudiera pensarse, sino que contenía la misma admiración que me inspiraba entonces un héroe de aventuras. Ver matar a Paco a aquél bicho horrendo lo elevó a la proeza.

Por la noche, sentados junto al fuego en asientos de corcho y otros de extrañas formas que yo llamaba burros —porque había semejanza con las patas de éstos y ahora las de aquéllos hechas de cuatro trozos de ramas encorvadas, clavadas a la panza de una porción de tronco que era el propio asiento—, surgían unas tertulias la mar de interesantes: Se hablaba de los robos que habían acaecido en los últimos tiempos en el pueblo y entornos, incluso de algún crimen que tuviera lugar. Y nosotros, los chicos, abríamos los ojos como lechuzas contemplando embobados las muecas de los rostros de los adultos explicando los detalles y misterios que envolvían los sucesos que contaban.

Antes de retirarnos de la choza de horma para ir a acostarnos a una humilde casita de dos habitaciones adosada a un tinado, que era como llamaban a un largo cobertizo donde se recogía los mulos y los burros y un caballo alazán —que compraría mi padre en los últimos tiempos—, se repartía una taza de caldo del puchero tomado al mediodía y en cada una de ellas mi madre le ponía justamente el cogollo de ramas de albahaca. Y ya, reconfortados, con aquel sopicaldo que sabía a gloria pura y hasta ahuyentaba el frío, al salir a la puerta y ver como llovía, Matarratas contó un chascarrillo al paso en el que se erigió figura principal: Refirió que en la escuela le dijo el profe-

sor: “Llovía”, ¿qué tiempo es? Y él había contestado: “Es un tiempo muy malo, señor maestro”.

Me ganó la simpatía de Matarratas. Era un hombre de campo al que siempre gustaba de relatarle historias que decía haber vivido, aunque algunas de ellas eran inexplicables por exageraciones. Hablaba muy pausado intentando impregnar con cadencia el misterio que pretendía llevara cada palabra. Y en estos días de lluvia hacía felina espera a que escampara para salir de caza por los entornos de nuestra propia finca: Se hacía acompañar por sus tres perros, juguetones e inquietos, sin otro pedigrí que el que les dio la vida al aire libre, pero finos como el hambre en cuestiones de caza. Con la escopeta, de un solo caño, al hombro y su boina calada hasta las orejas, salía de estampida, como un cohete y, cuando retornaba, era raro no verle colgando de su cinto algún conejo o cualquier otra pieza que había cazado.

Se sentaba a quitarle la piel al bicho y, mientras, nos contaba a sus hijos y a mí, todas las peripecias que decía haber pasado para cazarlo: Que el conejo lo había hecho correr un montón de kilómetros, pero que lo cansaron, y que al final del todo, al verse acorralado se subiría a una encina más que gigante, que también escalaron los perros y él hasta que, sin remedio, le dieron caza en las ramas más altas, junto a las nubes.

Hay cosas de la infancia que guarda la memoria. Y ya veis que el invierno también me la refresca: El día que Matarratas estuvo relatando la fantástica caza del conejo, al poco rato, llegaría una señora con una niña que, calculo tendría también mi edad. Se llamaba María. Venían para hacerles una visita a mis padres y traían de regalo una fiambra grande con requesón. Fue la primera vez que yo me tomaría aquella masa blanca y mantecosa sacada de residuos de la leche después de hacer el queso.

Para hablar con soltura los mayores, se nos mandaba a la estancia contigua. Mi madre nos haría rebanadas de pan en las que untó la plasta. Después le puso miel y resultó un manjar que a María y a mí nos supo a gloria doble: Una, porque era cierta su exquisitez, y otra, porque estaba sentado muy cerquita de María y ello suponía extrañas sensaciones que me gustaban. Me fijé mucho en ella: en sus ojos de un verde enmarañado, en sus labios carnosos hechos de fresa y en su pelo tan rubio como ondulado. Se puso muy nerviosa y observé su sonrojo al sentir mi mirada subir sus pantorrillas..., sus corvas y demorarse un poco más arriba para trepar después lentamente su cuerpo, como flor enredada por la cercana yedra.

Miramos alrededor. Y ni nada ni nadie se movían. Solo los eucaliptos que se veían al fondo del ventanuco mostraban el adiós del viento en sus vaivenes. Hubo un pequeño beso, suave, delicado, imperceptible... Y aquel atardecer de domingo de invierno, mientras caía la lluvia tranquila y sosegada, me sentí como un hombre.